

En torno al pergamino relativo a San Vitores existente en la Biblioteca Nacional de Madrid

COMO VINO A NUESTRAS MANOS

No es ningún secreto que venimos hace años documentándonos con intención de escribir una *Vida de San Vitores*, adaptada, en cuanto lo permitan nuestras fuerzas, a las exigencias de la crítica moderna.

En nuestra incesante búsqueda tuvimos noticia de que en la Biblioteca Nacional de Madrid se conservaba un pergamino, que contenía la vida de San Vitores en Oña. Decíase que era del s. XIV. Para nosotros resultaba un documento del mayor interés. Acudimos a nuestro buen amigo D. Luciano Huidobro, y éste, que para tales menesteres tiene siempre prontos la pluma y el bolsillo, acabó por mostrarnos unas preciosas fotografías del suspirado pergamino y entregarnos una copia del mismo, a fin de que pudiésemos estudiarlo. Con la avidez que se deja entender, nos lanzamos incontinenti a su estudio, y divagamos. Leyendo y meditando, íbamos forjando, según que nos fijábamos en éste o en aquél dato, variedad de opiniones, que sucesivamente, en virtud de nuevas reflexiones, unas a otras se destruían.

Al cabo de mucho bregar, descansó nuestro espíritu en conclusiones estables. Sin pretender plaza de docto, creímos que, por el mero hecho de haber regentado varios años la parroquia de San Vitores y haber consumido largas horas estudiando su vida y martirio, veníamos estrechamente obligados a llevar al acerbo común el fruto de nuestras vigiliass. Hoy venimos a hacerlo en honor del Santo y en obsequio del clero parroquial español, muy especialmente del clero burgalés, que tiene en él su más noble timbre de gloria, su modelo y excelso protesctor en el cielo.

ES UNA «PASION» DE SAN VITORES

En la alta Edad Media, cuando en España se redactaban todavía en latín los documentos, denominábase un documento de esta

clase «Passio», que al dominar después el romance castellano, se tradujo por «Pasión». Tenía ésta por objeto consignar los varios episodios que ocurrían en la confesión de un mártir ante el tirano, y los tormentos y la muerte que a ella se seguían. Más tarde éstos escritos se llamaron Historia o Vida del Santo; pero anteriormente, tanto el martirio como el escrito que lo narraba, recibían el nombre de «Pasión».

Los teólogos saben la exactitud de esa denominación, que parece elevar los méritos de los mártires a cierta continuidad con la sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; pues, si bien es verdad que la Pasión del Divino Maestro era más que suficiente para redimir mil mundos, pero no lo es menos que, en un maravilloso arranque de su amantísimo Corazón, se dignó aceptar, para agregarlos al valor infinito de su preciosa sangre, los trabajos y la muerte que por su amor padeciesen sus fieles servidores. Fundado en esta suprema dignación podía escribir San Pablo a los Coloneses (I, 24) que se gozaba en los trabajos que por ellos padecía, y cumplía en su carne lo que faltaba a la Pasión de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia: «Nunc gaudeo in passionibus pro vobis et adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea, pro corpore ejus, quod est Ecclesia».

El título de nuestro pergamino, según esto, debió ser: *Pasión del glorioso mártir San Vitores*. Ignoramos si en hoja aparte lo tuvo; pero si el autor no se lo puso al escrito, al martirio sí se lo dió, como en varios pasajes puede verificarse. Un caso citaremos para muestra, y es cuando, después de libertar el Santo a las doncellas de Siete Fenestras, las consuela y las alienta «certificándoles la su pasión».

UN HILO SUELTO EN EL AIRE

Hasta el presente los escritos más antiguos, que acerca de San Vitores se conocían en el mundo hagiográfico, eran los de Andrés Gutiérrez de Cerezo, que después de tomar el grado de bachiller y regentar la cátedra de Retórica en la Universidad de Salamanca, vistió la cogulla de San Benito y finó siendo Abad en el célebre monasterio de San Salvador de Oña. A ruegos de D. Luis de Acuña, obispo a la sazón de Burgos, escribió por los años de 1460 su *Gloriossi Martyris dicti Victoris Historia*. Más adelante, pasado el 1470, la escribió en lengua castellana y la dedicó a D. Bernardino de Velasco, primogénito de D. Pedro Fernández de Velasco, Condestable de Castilla.

A la distancia de tantos siglos del martirio, la crítica moderna

juzgó de muy escaso valor el testimonio único de Gutiérrez, y habiendo descubierto la «Pasión» de un mártir africano del mismo nombre, sin detenerse a probar la fuerza de sus argumentos, sin inquirir los que pudieran favorecer a sus contrarios, trazó arbitrariamente la malhadada teoría del desdoblamiento, que esperamos analizar un día detenidamente.

Parece que San Vitores se encargó de hacernos saber que anterior a la de Gutiérrez había habido otra Historia de San Vitores. En el suntuoso *Manual Gráfico Descriptivo del Bibliófilo Hispano-Americano*, publicado por Francisco Vindel en Madrid, diez volúmenes, imprenta Góngora, hallamos cierto día—¡venturoso hallazgo!—el facsimil de la primera plana de la edición castellana de Gutiérrez. Era el comienzo de la dedicatoria a Don Bernardino de Velasco, precioso monumento de la cultura literaria del Bachiller Salmanticense. Empero, el párrafo que más poderosamente cautivó nuestra atención, fué aquél en que, exponiendo los motivos que le impulsaron a escribir su obra, decía así: «Aunque su historia—de San Vitores—bien me parecía estaba escrita, pero en algo tan bien (sic) se podía añadir y en algo quitar segund la variación de los que la auían compuesto, y aun por que non estaba en tal estado como era razón segund la grauedad del negocio».

Para la Historia de San Vitores el párrafo transcrito era de transcendental importancia. Cuando se daba por cierto que la obra de Gutiérrez era de todas la más antigua, hé aquí que el mismo ilustre cerezano nos advertía que, antes de la suya, había habido otra. Pero ¿cuál era aquella Historia? Nada más decía el autor. Aquello era un hilo suelto en el aire, cuyo cabo correspondiente desconocíamos completamente. Y nos interesaba sobre manera encontrarlo.

LABORIOSAS INVESTIGACIONES

Clavada quedó en nuestra memoria la advertencia de Gutiérrez; jamás la perdimos de vista en nuestras investigaciones; pero los años pasaban, y por ninguna parte encontrábamos rastro de aquella Historia. Habría que anumerarla a tantas otras fenecidas en las perturbaciones de los siglos. El día que tuvimos en nuestra mesa de estudio la copia del pergamino relativo a San Vitores, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, y pudimos desentrañarlo a placer, salté en nuestro espíritu una interrogación: ¿Será éste el cabo correspondiente al hilo que nos dejó Gutiérrez suelto en el aire? ¿Será ésta la Historia a que alude en su dedicatoria? En ese caso, el hallazgo del pergamino constituiría un acontecimiento de

notable interés. llamado a tener resonancia mundial en los centros hagiográficos

La solución debía ser el producto de un cotejo del mencionado pergamino con el texto de Gutiérrez, llevando por norte las características, que éste mismo nos había dado. Aquella historia *bien le parecía estaba escripta*, y por tanto la suya no se apartaría de su contenido en lo substancial. *Pero en algo tan bien se podía añadir y en algo quitar*, lo cual quiere decir que en la suya añadiría y quitaría. «Non estaba en tal estilo como era razón segund la grauedad del negocio», donde se comprometía a enmendar en la suya deficiencias de redacción, que en la otra censuraba.

Grave fué la dificultad con que tropezamos, cuando quisimos proceder a la confrontación de los textos; porque el del pergamino lo teníamos, mas el de la edición castellana de Gutiérrez, ni lo teníamos, ni podíamos acariciar la esperanza de tenerlo algún día. Sabíamos que el único ejemplar que en España quedaba, había emprendido el vuelo en estos últimos años, con rumbo desconocido, probablemente transmarino, sin dejar huella ni esperanza de retorno.

En tan aflictivo trance nos acordamos de que el Secretario de la Real Academia de la Historia, D. Vicente Castañeda, había publicado un facsímil de la primera plana de la «Historia de San Vitores», por Gutiérrez, en castellano. (*Boletín*, t. LXXXIX, cuaderno II, octubre-diciembre de 1926). Nuestro muy estimado amigo D. Domingo Hergueta (q. s. g. h.) la había reproducido en su obra inédita *La Imprenta en Burgos y su Provincia*, y de allí habíamos sacado nosotros una copia. Ya no era la dedicatoria al primogénito del Condestable, sino la Vida misma de San Vitores. Al no tener la Vida entera, quisimos averiguar la relación de conformidad que con aquella primera plana de la edición castellana guardaba la correspondiente de la edición latina, tal cual nos la ha conservado Flórez en su *España Sagrada*, vol. XXVII, apéndice III. No pudo ser más lisonjero el resultado: la edición castellana de Gutiérrez era fidelísima traducción de la latina, ejecutada por mano maestra. Por consiguiente, podíamos cotejar el pergamino con la edición latina de Gutiérrez, y argumentar con igual seguridad, que si lo hubiésemos cotejado con la edición castellana.

Verificada la confrontación de ambos textos, vimos plenamente confirmadas nuestras presunciones. Gutiérrez sigue paso a paso al anónimo del pergamino, concordando siempre con él en lo substancial. San Vitores ejerce las funciones sacerdotales a Santa María de Villálba en la ciudad de Cerezo. Ansioso de mayor perfección,

se retira al monte de Oña, donde abre con sus manos en una roca esta cueva para su capilla y habitación. Allí vive varios años, dedicado a la oración y a la penitencia, hasta que le avisa un ángel que debe regresar a su patria, porque sitiada por los moros se halla en gravísimo aprieto. Regresa el Santo, confirma en la fe a los cristianos amedrentados, convierte a los que han desfallecido, libra de la esclavitud a las doncellas de Siete Ferestras y evangeliza a los moros, muchos de los cuales se rinden al cristianismo. Sentenciado a muerte por el jefe de la expedición, pide y alcanza ser antes clavado en una cruz para imitar a su divino Redentor. Y como todavía en la cruz continúa predicando y obrando prodigios, le bajan de ella al tercer día y le cortan la cabeza en Quintanilla de las Dueñas. Apenas degollado, se levanta, toma en las manos su truncada cabeza y torna a su ciudad natal, donde adoctrina nuevamente a sus paisanos estupefactos. El stratagema de la vaca acaba de desalentar a los sitiadores, que levantan el cerco y se encaminan hacia la Morcuera. Entonces ruega San Vitores a sus conciudadanos que le acompañen al lugar de su sepultura. Acompañanle con gran sentimiento. Al pasar por el valle de Cubillas, hace brotar una fuente. Llega a la cueva, que cede la serpiente, y entre himnos angélicos reciben sus mortales despojos honrosa sepultura. Tan cierto es, que Gutiérrez escribe con el autor anónimo a la vista, que emplea en repetidos lugares hasta las mismas expresiones de éste, como podrá fácilmente verificar quien quiera que ponga en parangón ambos textos.

Esa conformidad en lo substancial no impide que en multitud de detalles particulares vaya Gutiérrez, consecuente con su dictamen, añadiendo, quitando y reformando. No le regatearemos autoridad para hacerlo, considerando que es natural de Cerezo, donde se guarda el recuerdo de todo lo sucedido como el más preciado tesoro. Hemos anotado todas las variantes entre uno y otro texto; pero ni caben en este artículo, ni conduciría a nada práctico su enumeración y comentario. Algunas ciertamente son muy notables. «Estando en aquella cueva [de Oña]—dice el anónimo—fizo otras iglesias por las comarcas». Gutiérrez no reproduce esta cláusula. ¿Por qué? No lo explica. En cambio añade el dramático encuentro del Santo con los centinelas, cuando, viniendo de Oña, llega al castillo de Cerezo, en el lugar que hoy todavía se muestra. Explana con más detalles las varias escenas del proceso y del martirio, y las peticiones y promesas del Santo a favor de sus devotos aparecen en estilo mucho más pulimentado. El moral no brota de la tierra al

contacto de la sangre del mártir, sino que se viste de hojas y frutos. No es Gaza quien se convierte al cristianismo, sino el verdugo y los que le acompañan, los cuales, al ver cómo el mártir degollado se levanta y toma en la mano su cabeza, piden el bautismo.

En fin, verificada la confrontación de ambos textos, todo persuade que el pergamino de la Biblioteca Nacional de Madrid es aquella «Historia de San Vitores», a que se refería Andrés Gutiérrez de Cerezo, en la dedicatoria de la suya a D. Bernardino de Velasco, hijo de D. Pedro Fernández de Velasco, Condestable de Castilla.

¿CUANDO FUE ESCRITO EL PERGAMINO?

Contra lo que universalmente se venía afirmando, quedaba averiguado que nuestro pergamino era anterior a la obra de Gutiérrez. Con todo y con ello, nuestras ansias de investigación no se daban aún por satisfechas. ¿No se podría determinar la época a que pertenecía?

El documento carecía de fecha. En las primeras referencias que a nosotros llegaron, se decía que era del siglo XV. Presentado al examen de los técnicos, fallaron por unanimidad, que así el lenguaje en él usado, como la letra gótica en que se halla escrito, acusan sin género de duda el siglo XV. Nosotros quisimos ver si en el contexto mismo del documento había base para precisar aún más la data de su origen dentro del siglo XV. Una vez más el éxito coronó nuestros esfuerzos.

El primero de los prodigios atribuidos al Santo comienza con éstas palabras: «seyendo dia sanches de terrasas cavallero de Don Diego...». Si podemos averiguar quién sea este Don Diego, habremos descubierto la época en que escribía el autor del pergamino. Desde luego tenía que ser persona de cuenta, pues le seguía tal caballero, y muy nombrada en el país, cuando se le designaba con solo su nombre sin necesidad de apellidos. Precisamente, describiendo la traslación de las reliquias de San Vitores, introduce Alvarez (*Vida de San Vitores*, parte II, cap. II) a un Conde de Salinas, que no era otro que D. Diego Lopez de Sarmiento.

Y con demostraciones peregrinas
vino también el Conde de Salinas.
Este fué aquél por cuya diligencia
Don Luis Acuña, singular Prelado
de la ciudad de Burgos, dió licencia
para que el cuerpo fuese trasladado.

A juzgar por este dato, debió de escribirse el pergamino hácia mediados del siglo XV; pero hay otro en el documento, que señala explícitamente la primera mitad de dicho siglo.

Cuando pone fin el anónimo a su *Pasión de San Vitores*, ha desaparecido ya la ermita, que a raíz del martirio levantaron los de Cerezo sobre su sepulcro, y que subsistió varios siglos. Hánse reunido los concejos comarcanos y en el mismo lugar han construido una iglesia: «e vinieron los concejos de cerezo e de fresno e otros concejos comarcanos e fesieron allí aquella iglesia donde el señor dios demuestra muchos miraglos e demostrara de aquí adelante por ruego del santo martyr sant vitores». Como quiera que aquella iglesia había de estar abierta todos los días al culto, agregáronle una casa para los capellanes a tal objeto destinados. Así se ve por aquellas palabras con que recomienda el autor *una misa por padre d? sant vitores*, que es un capellán, y no un religioso, puesto que ninguna mención ha hecho de Comunidad religiosa allí establecida, y por el contrario nos ha nombrado alguno de los capellanes, *Juan Guiraltz de Bilforado*. Ahora bien, la referida iglesia con la casa para los capellanes fué construida a fines del s. XIV o principios del XV. Y rogamos a nuestros lectores nos hagan gracia de exponer la prueba de esta afirmación, que exigiría más espacio del que a un artículo conviene. Sin duda, pues, afirmamos, que el pergamino de la Biblioteca Nacional de Madrid, relativo a San Vitores, juzgando por su mismo texto, fué escrito en la primera mitad del siglo XV.

¿DE DONDE PROCEDE?

Gozosos de nuestras averiguaciones, nos animamos a proseguir la tarea, indagando el lugar de origen. El estudio constante, no diremos con el poeta latino que lo vence todo, pero sí que supera muchos y graves obstáculos.

Es corriente en Archivos y Bibliotecas Nacionales apuntar en cada sección de los documentos, que conservan, el lugar de dónde se trajeron. Nuestro pergamino no lleva apuntación alguna, que denote su procedencia. *Hic opus, hic labor*. Cuando nos dijeron, antes de conocerle, que contenía la vida de San Vitores en Oña, pensamos si procedería del archivo de aquella insigne abadía benedictina; después vimos que no era la vida de San Vitores en Oña, sino una verdadera «Pasión» del glorioso mártir, que no presentaba señales de tal origen. Desmenuzando más tarde su contenido, y no sin que el péndulo ejecutase varios movimientos, formamos nuestra opinión, que ahora vamos a exponer.

Desde luego el autor había de vivir por la región de Cerezo y Belorado, pues recoge detallada, y por lo común fielmente, la historia de San Vitores. No debía de andar muy apartado de la casa del Santo, cuando puede abrir una lista de los favores allí dispensados a sus devotos. Concretaremos determinadamente y diremos que el documento procede de Fresno y Belorado. Porque es de saber que entre Fresno y Cerezo median diferencias muy antiguas por causa de las reliquias de San Vitores. Fresno defiende tenazmente su posesión, y Cerezo no se resigna a la pérdida de su más estimado tesoro. Es indiscutible que este estado de ánimo se trasluce en los documentos, tanto de la una como de la otra parte. El autor de nuestro pergamino no se sustrajo a esa disposición de los espíritus, y con eso imprimió en su obra la nota que nos revela el lugar donde escribía. Porque la preferencia que por Fresno manifiesta, es evidente en varios pasajes.

Cuando refiere cómo San Vitores, caminando hacia el sitio que ha elegido para su sepultura, llega al «valle que se llama de covilla», apresúrase a advertir que se halla «cerca de fresno», sin otro objeto que preparar un argumento a favor de aquel lugar. Gutiérrez, que es de Cerezo, nombrará el valle de «Cubillas», sin mentar a Fresno para nada.

Dase sepultura a los restos mortales del mártir, y no son sus deudos y amigos de Cerezo los que se la dan, sino los ángeles del Cielo: «e luego en aquel estante venieron los ángeles del cielo con »grant claridat e enterraron el su cuerpo con muy grant solenidat».

Construyen los pueblos comarcanos la iglesia de San Vitores. Nómbrase entre ellos a Cerezo, como no se podía menos; pero se pasa por alto la ermita que en aquel mismo lugar erigieran sus vecinos, y cuya existencia no es creíble ignorase el autor.

¿Qué más? En el santuario se dispensan favores a los devotos de Fresno, de Bilforado, de Quintana Loranco, de Valluércanes, de San Clemente; a los de Cerezo, ninguno, como si se pudiera disimular la especial protección que reserva el Santo para sus paisanos.

En un solo caso se nombra a Cerezo, y es para recordar un castigo espantoso: «juan de toves teniendo el castillo de cereso vino »un escudero a tomar ouejas e metieronse en sant vitores e tomo »un oueja e degollola a la puerta de la iglesia e rauio emurio».

A buen seguro que este pergamino no se secribió en Cerezo, sino en el lado contrario; y no juzgamos temerario sospechar que el tono en que está redactado influyese en el ánimo de Gutiérrez

y le moviese a escribir su «Historia de San Vitores» desde el punto de vista de su lugar natal.

¿QUIEN SERA EL AUTOR?

No se nos hace cosa fácil contestar con alguna probabilidad a esta pregunta. Si hubiésemos de atenernos al texto de Gutiérrez, tendríamos que decir que fueron varios los autores: «segund la variación de *los que la auían escrito*». Nuestro pergamino, sin embargo, evidentemente ha sido escrito por una sola mano, y nadie dudará que lo ha escrito un clérigo, cuando lea que vive y reina San Vitores en la Gloria «*per infinita seculorum secula (sic) amen*».

Este clérigo no es un religioso, porque tardarán todavía unos años en venir a San Vitores los Dominicos de Rojas de Bureva. Tampoco será un clérigo de Fresno, porque en aquel tiempo Fresno no pasaba de ser una alquería de Bilforado con muy contados clérigos, que en lugar de tan escasa importancia no requerían extraordinaria cultura. Estas consideraciones nos llevan a pensar en algún clérigo de Belorado, el cual, con la protección de la Casa de Velasco, iba tomando vuelos de altura. Y no se crea que vamos descaminados, porque consta que los clérigos de Fresno no pudieron nunca simultanear el servicio del lugar y el del santuario, por lo cual o llevaban una Comunidad religiosa, como hicieron más tarde, o acudían a algún clérigo de Belorado, como hacían ahora. Así dice el anónimo que «Pascual... fué dañado e touo y [allí] novenas »e guarescio [curó] seyendo capellan juan guiralte de bilforado».

Por cierto que nos llama mucho la atención esta particularidad. ¿Será este Juan Guiralte el autor del pergamino? Al ser natural de Belorado y haber actuado de capellán en el santuario, tuvo que conocer todos los detalles de la historia de San Vitores, y al escribirla, es natural que se pronunciase a favor de Fresno. El único capellán nombrado en el documento es él, y, a decir verdad, de un modo singular. Nómbrase a Doña Berenguela de Tormantos y se le da sin falta su tratamiento; por el contrario, del capellán, a quien con mayoría de razón se le debía dar, a menos que sea él mismo el que escribe, se dice escuetamente: «seyendo capellan juan guiralte de bilforado». ¿No parece una omisión intencionada y significativa?

Advertiremos, en honor de la verdad, que, si D. Juan Guiralte escribió el pergamino, no lo escribió mientras vivió en la casa de San Vitores, sino a su regreso a Belorado, porque se expresa siempre como hallándose distante de aquella Casa. Habla, por no

citar más que un ejemplo, de la iglesia que construyeron los pueblos comarcanos, y escribe: «e fesieron allí aquella iglesia».

COROLARIOS Y PUNTOS SUSPENSIVOS

He aquí, pues, el fruto de nuestras meditaciones *en torno al pergamino relativo a San Vitores*, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Es aquella Historia, que, por deficiencias en ella advertidas, determinó a Andrés Gutiérrez de Cerezo a escribir la suya con propósito de mejorarla.

Fue escrita antes de 1464, en que Gutiérrez escribía la suya, y después de la construcción de la iglesia de San Vitores a fines del siglo XIV o principios del XV, y por consiguiente en la primera mitad del siglo XV.

Su marcado partidismo denota que el autor no es de Cerezo, sino de Fresno o Belorado.

Y no es un religioso, pues no se ha establecido aún en el santuario Comunidad alguna religiosa.

Es un clérigo, más probablemente de Belorado, quizás D. Juan Guiralte, el único de los capellanes de la Casa nombrado en el documento.

Y con esto damos hoy por terminado nuestro trabajo, deseando vivamente que otros investigadores más afortunados puedan aportar al asunto nuevas luces.

Mas no se crea que hacemos final. El aspecto general que a nosotros ofrece el contenido del pergamino y su comparación con otros escritos relativos a San Vitores, vienen a fortalecer en nuestra inteligencia ideas que hace tiempo brotaron, que son contrarias a las conclusiones hoy triunfantes en la Hagiografía extranjera, y que por lo mismo deseamos percibir en perfecta claridad.

Aquel pasaje, por ejemplo, en que se enfrentan con el Santo dos oficiales del jefe musulmán, de los cuales el uno le insulta y el otro le defiende, nos trae el recuerdo de aquellos otros dos oficiales de una «Pasión» del siglo XI, que, procedente del monasterio de Silos, se conserva en la Biblioteca Nacional de Paris, y ha dado pie en nuestros días para extrañas divagaciones. A nuestro entender, es éste el pasaje más interesante del pergamino de Madrid. No hemos querido tocarlo aún, porque es muy grave y sentimos la necesidad de rumiarlo mejor. Si nos alcanza San Vitores algún tiempo más de vida, lo trataremos en nuestro libro.

Por hoy, puntos suspensivos.

TEODORO DE IZARRA.